

de haber reunido tales sobrehumanos arquetipos, despues de haber alzado en los proemios de su obra toda la corte celestial, reduce el asunto á demandar á Lutero de nuevo una retractacion, á exigirle otra vez la presencia en Roma, y á prometer los gastos del viaje: triste y diminuto corolario de tan alto y trascendental documento.

En cambio hay mucho de grande, mucho de sublime en las angustias que asaltaban á Lutero al pasar de un hemisferio á otro hemisferio de la historia. Imaginaos el asombro de los primeros navegantes que circunvalaran la tierra en el momento de atravesar la línea equinoccial; imagináoslos en aquellas calmas que pudren cuasi sus barcos; en aquellas perturbaciones de la aguja magnética que taladran el corazon ansioso por creer perdido todo rumbo; en aquel cambio de la estrella boreal por las manchas australes; imagináoslos en su anhelosa incertidumbre, y tendreis una idea del dolor que sentiria Lutero al abandonar el claustro que encerrara su alma, las reliquias que besaran sus labios, el sayal pegado como la piel de su cuerpo á los huesos, la iglesia en cuyos altares campeaban las efigies de sus santos patronos, y en cuyos pavimentos los sepulcros de sus viejos progenitores; para ir á nuevas ideas pensadas ya por su inteligencia, pero no bien sentidas por su corazon, que de arriba abajo se desgarraba sin remedio, al tener que separarse de todo cuanto habia querido y respetado sobre la faz de la tierra. El mismo nos describe, dirigiéndose á Erasmo, en su libro del «Siervo arbitrio,» cómo le detiene el número de tantos eruditos, el consentimiento de tantos siglos, el concurso de tantos hombres instruidos en las sagradas letras, el nombre de tantos mártires glorificados por múltiples milagros. «De aquel lado, exclama, se encuentran la erudicion, el genio, el número, la grandeza, la altura, la fuerza, la santidad, los milagros: ¿qué no tendrá aquel lado? Del mio Wiclef y Lorenzo Valla, y despues Lutero, un pobre hombre, nacido ayer, solo con algunos amigos que no tienen ni tanta erudicion, ni tanto genio, ni el número, ni la grandeza, ni la santidad, ni los milagros. Entre todos no podíamos curar un caballo matalon. ¿Qué somos nosotros? Lo que el lobo decia de Philomela: tú no eres mas que una voz. Lo confieso, mi caro Erasmo, con razon vacilas ante todas estas cosas; tambien yo he vacilado hace diez años. ¿Podia yo creer que esta Troya, la cual habia victoriosamente resistido de



PREMIANDO LA BOLA DEL PAPA



de haber reunido tales sobrehumanos arquetipos, despues de haber alzado en los proemios de su obra toda la corte celestial, reduce el asunto á demandar á Lutero de nuevo una retractacion, á exigirle otra vez la presencia en Roma, y á prometer los gastos del viaje: triste y efímero corolario de tan alto y trascendental documento.

En cambio hay mucho de sublime en las angustias que asaltaban á Lutero al pasar de un hemisferio á otro hemisferio de la historia. Imaginaos el terror de los primeros navegantes que circunvalaran la tierra en el momento de atravesar la línea equinoccial; imaginaoslos en aquellas calmas que pueden causar los mareos; en aquellas perturbaciones de la aguja magnética que talaban al corazón ansioso por creer perdido todo rumbo; en aquel capicío de la estrella boreal por las manchas australes; imaginaoslos en su travesía por el océano, y tendreis una idea del dolor que sentiria Lutero al sentirse el diablo que encerrara su alma, las reliquias que besaras los labios, el agua pegada como la piel de su cuerpo á los huesos, la iglesia que él que antes veneraba las efigies de sus santos patronos, y en cuyos templos los sepulcros de sus viejos progenitores; para ir á nuevas ideas pensadas ya por otros siglos, pero no bien sentidas por su corazón, que de arriba abajo le atormentaba sin remedio, al tener que separarse de todo cuanto él que se había criado sobre la faz de la tierra. El mismo nos describe, dirigidos á Erasmo, en un libro del «Siervo arbitrio,» cómo se desata el nudo de tanta cordura, el consentimiento de tantos siglos, el consorcio de tantos hombres venerados en las sagradas letras, el nombre de tantos santos glorificados por múltiples milagros. «De aquel lado, exalta el poder de la erudición, el genio, el número, la grandeza, la altura, la fuerza, la cantidad, los milagros: ¿qué no tendrá aquel lado? Del mio Wiclef y Lorenzo Valla, y despues Lutero, un pobre hombre, nacido ayer, solo con algunos amigos que no tienen ni tanta erudicion, ni tanto genio, ni el número, ni la grandeza, ni la cantidad, ni los milagros. Entre todos no podiamos curar un caballo malden. ¿Qué somos nosotros? Lo que el lobo decia de Philomela: tú no eres mas que una voz. Lo confieso, mi caro Erasmo, con razon vacilas ante todas estas cosas; tambien yo he vacilado hace diez años. ¿Podia yo creer que esta Troya, la cual habia victoriosamente resistido de



LUTERO QUEMANDO LA BULA DEL PAPA



luengos tiempos á numerosos asaltos, iba tan pronto á caer en un dia? Testifico en Dios y en mi alma que perseverara en mi temor y vacilara en mi empresa, si mi conciencia, si la verdad no me hubiesen constreñido á hablar. Yo no tengo, y tú lo sabes bien, amigo mio, un corazon de roca, y aunque lo tuviera, combatido por tantas tormentas y tempestades, se hubiera roto en mil pedazos, cuando toda esa secular autoridad se desplomaba sobre mi frente, como un diluvio capaz de confundirme y de anegarme.»

Pero en estas vacilaciones la bula condenatoria estalla; el corazon de Lutero se siente herido y la separacion eterna se consume. Para mayor tristeza, el teólogo de la disputa de Leipzick lleva el encargo de publicar y difundir la sentencia de Roma. De esta suerte, el sentimiento de Alemania se declara en favor de su profeta, y en bien pocas ciudades acogen, como debieran, las palabras de la Sede Pontificia. Alentado por tal movimiento de la opinion y sostenido por los consejos de su conciencia, Lutero apela del Papa al Concilio, como apelaria, si el Concilio le condenara tambien, á la conciencia humana. Corre la mañana del 10 de diciembre de 1520. Cerca de la puerta oriental de Witemberg campea una hoguera, circuida por bancos que componen vasto anfiteatro. A las nueve de la mañana, sin presentir el espectáculo que iban á ver, regocijados y en tumulto, gran muchedumbre de frailes y estudiantes se situaban en aquel extraño sitio. Bien pronto apareció con aire batallador, centelleando en su mirar fulgurantes relámpagos, con resolucion que se apartaba mucho de sus antiguas vacilaciones, el doctor Lutero, cargado de libros eclesiásticos; á cuyo frente iba la bula del Papa impresa en gruesos caracteres. A la vista del profeta, un grito resonó en aquella multitud, un grito semejante al que un dia lanzaran poseidas por la embriaguez de la victoria en el furor de su venganza las huestes de Alarico y de Genserico, penetrando por las brechas de la Ciudad Eterna para desquitarse en una orgía de sangre y fuego y en un holocausto de innumerables víctimas, del deshonor y de la servidumbre de sus padres. Y en efecto, la hoguera arde, la bula del Papa desaparece en sus llamas; y el resplandor y el humo forman, á manera de arrebolada nube, el ocaño de la Edad media y el oriente de la Edad moderna, puesto que suena en los aires la campana de rebato, llamando á los alemanes á la revolucion religiosa.